

14.CON TODO TU CORAZON

Capítulo 14 de la publicación 'interna' del Opus Dei: Vivir en Cristo

Hemos sido llamados al Amor de Dios: a un amor eterno, infinito, total. La santidad es la progresiva ocupación que Dios hace de nosotros, la conversión de toda nuestra vida en amor, de todos nuestros actos en expresiones de amor: crecer en caridad hasta penetrar, glorificados, en la vida íntima de Dios, en el Amor eterno e infinito, identificados con Cristo por la virtud del Espíritu Santo que nos devuelve al Padre.

No tiene medida el amor que se nos pide. *No hay ningún tope, no hay medida para el amor a Dios, sino ésta: que ofrezcas todo cuanto tienes. En Cristo Jesús, Dios ha de ser amado con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas 1. Luego no hay en ello medida alguna 2.*

LA VIRTUD DE LA CASTIDAD

Al llamarnos a la plenitud de la unión con El, Dios elevó la naturaleza humana -alma y cuerpo- a la participación de su divinidad. *El templo de Dios, que sois vosotros, es santo 3*, dice San Pablo refiriéndose a nuestro cuerpo. Nuestra carne mortal fue así admirablemente dispuesta por Dios para que nos encaminase a la bienaventuranza, y el cuerpo mismo está llamado a participar de la felicidad del Cielo, donde será revestido de inmensa gloria.

(1) Cfr. *Matth. XXII, 37;*

(2) Orígenes, *In Cant. Cant. Hom. 3, 4;*

(3) *I Cor. III, 17;*

Pero esa llamada requería una respuesta libre, y nuestros primeros padres la rehusaron, oponiéndose al precepto divino. A esa rebelión del alma se siguió la del cuerpo. *Complacida en el uso desordenado de su propia libertad, y desdeñando servir a Dios, el alma se vio privada de la primitiva sujeción del cuerpo. Por haber abandonado libremente al Señor superior, no mantenía sometido al siervo inferior; y así no tenía sometida a sí misma la carne, como la hubiera podido tener siempre, de haber permanecido ella sometida a Dios. Entonces comenzó la carne a desear contra el espíritu 4. En ese combate hemos nacido, arrastrando un germe de muerte y llevando en nuestros miembros y en nuestra naturaleza llagada la disyuntiva de la lucha y de la victoria de la primera prevaricación 5.*

Pero el Verbo se hizo carne 6, y con su Pasión y Muerte nos redimió, para que pudiésemos alcanzar entera victoria sobre nuestras tendencias desordenadas. *Fuisteis comprados a gran precio, nos recuerda San Pablo, Glorificad, pues, a Dios y llevadle en vuestro cuerpo 7.*

Sin embargo, aunque Cristo ha vencido enteramente al pecado y nos ha comunicado sus méritos por medio del bautismo, permanecen en la naturaleza humana las consecuencias penales de aquel primer pecado, agravadas en cada uno por los pecados personales. Entre esos efectos que el bautismo no borra está el desorden de la sensualidad, *el «cuerpo de muerte» que clama por sus fueros perdidos 8*. Y que tiende a empequeñecer y desviar la inmensa capacidad de amor que hay en el corazón humano. Para rectificar esa torcida inclinación, el Señor concede la virtud de la pureza, cuando a El, se acude humildemente.

Vivamos delicadamente la castidad -cada uno en su estado: solteros, casados, viudos, sacerdotes-, que hace a los hombres recios y señores de sí mismos, les da optimismo, alegría y fortaleza: les acerca a Jesucristo, Nuestro Señor, y a nuestra Madre Santa María; y es condición indispensable para nuestro servicio a la Iglesia y a las almas 9.

La castidad es una virtud esencialmente positiva. *¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vos-*

(4) Cfr. *Galat. V, 17;*

(5) San Agustín, *De civ. Dei* 13, 13;

- (6) *Ioann. I*, 14;
- (7) *1 Cor. VI*, 20;
- (8) *Camino*, n. 707;
- (9) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 66;

otros y *habéis recibido de Dios, y que ya no os pertenecéis?* 10. La castidad es fruto del amor, y sólo puede entenderse desde el punto de vista del amor. No consiste primariamente en negaciones, sino en un mandato de amar, según el orden y la regla del Amor de Dios. Por eso, el modo concreto de vivirla depende de las circunstancias que Dios ha dispuesto para cada uno.

CASTIDAD MATRIMONIAL

Para quien vive en el estado matrimonial, *el amor y los deberes conyugales son parte de la vocación divina* 11, pero fuera del ámbito del propio y legítimo matrimonio, la obligación de guardar la continencia -de cuerpo y espíritu- es tan total y excluyente como para una persona soltera.

El Opus Dei ha hecho del matrimonio un camino divino, una vocación. Llevó más de treinta años -escribía el Padre en 1959-, *tratando de meter en el alma de tantas gentes el sentido vocacional del matrimonio; y enseñando -esto no lo digo yo, lo ha definido la Iglesia- que la virginidad, y también la castidad perfecta, es superior al matrimonio, hemos exaltado el matrimonio hasta hacer de él una vocación. ¡Qué ojos llenos de luz he visto más de una vez cuando, creyendo -ellos y ellas- incompatibles en su vida la entrega y un amor noble y limpio, me oían decir que el matrimonio es un camino divino en la tierra!* 12

Dentro del estado matrimonial, vivir la pureza lleva consigo -entre otras cosas- que el amor conyugal esté abierto generosamente a la transmisión de la vida, sin poner obstáculos a esa confianza del Señor, que ha querido contar con la cooperación de los hombres para aumentar el número de sus hijos sobre la tierra. *Vuestro matrimonio será, de ordinario, -muy fecundo. Y, si Dios no os concede hijos, dedicaréis vuestras energías con mayor intensidad al apostolado, que os dará una fecundidad espiritual espléndida. El Señor suele coronar a las familias cristianas con corona de hijos, os he dicho muchas veces. Recibidlos siempre con alegría y agradecimiento, porque son regalo y bendición de Dios y una prueba de su confianza.*

La facultad de engendrar es como una participación del po-

- (10) *I Cor. VI*, 19;
- (11) *Carta Dei Amore*, 9-1-1959, n. 10;
- (12) *Ibid.*;

der creador de Dios, de la misma manera que la inteligencia es como un chispazo de luz del entendimiento divino. No ceguéis las fuentes de la vida. ¡Sin miedo! Son criminales -y no son ni cristianas ni humanas- esas teorías que intentan justificar la necesidad de limitar los nacimientos con falsas razones económicas, sociales o científicas que, en cuanto se analizan, no se tienen en pie. Son cobardía, hijos míos; cobardía y afán de justificar lo injustificable 13.

EL CELIBATO APOSTÓLICO

Dios Nuestro Señor, al llamar a todos a su Amor, pide a algunos que renuncien a otros amores, a satisfacciones en sí legítimas, pero que no entran en el camino específico que El les ha señalado desde toda la eternidad. Entre las cosas a las que el Señor puede pedir que se renuncie para servirle mejor, está el amor humano. *Bendigo con las dos manos* -nos ha dicho el Padre- *el cariño limpísimo de mis padres y el de vuestros padres, pero a mí el Señor me ha pedido más.*

Esta entrega, que supone un peculiar don del Señor, es una, renuncia por amor. *En la tierra, la gente, cuando no forma un hogar, no lo forma ordinariamente por dos motivos: o por un motivo de egoísmo o por un motivo de Amor de Dios, con mayúscula, que comprende el amor a todas las criaturas.*

En el Opus Dei, los que han recibido la llamada a la castidad en celibato, diciendo que no al amor humano, lo han hecho por Amor, por vocación de amor. *Tened siempre presente que es el Amor -*

el Amor de los amores- el motivo de nuestro celibato: no somos por tanto solterones, porque el solterón es una desgraciada criatura que nada sabe de amor 14. Podríamos haber puesto el afecto de nuestro corazón en una criatura; pero, ante la llamada de Dios, lo hemos puesto entero, joven, vibrante, limpio, a los pies de Jesucristo: porque nos da la gana -que es una razón bien sobrenatural- corresponder a la gracia del Señor 15.

Esa renuncia lleva consigo no sólo una primera entrega generosa de los amores humanos: exige que esa entrega permanezca, que se haga perenne. Pero eso es algo que nadie puede conseguir con sus propias fuerzas: nada puede hacerse sin la gracia. Como observa San

(13) *Ibid.*, nn. 54-55;

(14) *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 84;

(15) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 45;

Jerónimo, *este don fue dado a los que lo pidieron, a los que lo quisieron, a los que trabajaron por recibirllo. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá 16-17.*

El celibato apostólico es un don de Dios, que moviliza y exige una fuerte y generosa correspondencia. Primero es necesario pedirlo humildemente; en segundo lugar, quererlo de una manera eficaz, y poner los medios, con una voluntad recia, con energía humana, que es nuestro modo de cooperar con la gracia.

Pero esta necesidad de un dominio sobre sí mismo, hay que mantenerla a lo largo de la vida; más aún, hay que desarrollarla, porque el amor nunca puede darse por supuesto: o se nutre y vive y crece, o muere por consunción, bajo el poder nunca eliminado de las fuerzas sensitivas desordenadas. *El amor de nuestra juventud, que con la gracia de Dios le hemos dado generosamente, no se lo vamos a quitar al pasar los años. La fidelidad es la perfección del amor: en el fondo de todos los sinsabores que puede haber en la vida de un alma entregada a Dios, hay siempre un punto de corrupción y de impureza. Si la fidelidad es entera y sin quiebra, será alegre e indiscutida 18.*

De ahí que decisiones indecisas, medidas titubeantes que aceptaran la discusión, cálculos poco generosos de lo que Dios pide, nostalgias que replantearan el tema cada vez, o -lo que sería peor- capitulaciones parciales, darían como resultado una vida interior raquítica, enferma, si no acaban causando la muerte sobrenatural, porque es difícil mantener tanto tiempo una lucha violenta en el centro mismo del corazón tibio.

También podría ocurrir -con o sin complicidad propia, simplemente porque el Señor lo permitiera- que en algún momento del camino se sintiese la añoranza, la nostalgia de un hogar, de un amor humano. Sería el momento de meditar despacio, paladeándolas, aquellas palabras del Señor: *en verdad os digo, ninguno hay que haya dejado casa o padres, o hermanos o esposa o hijos, por el amor del Reino de Dios, el cual no reciba mucho más en este siglo y en el venidero la vida eterna 19.*

LA PUREZA DE CORAZÓN

La lucha que lleva consigo la santa pureza durará siempre -sin

(16) Cfr. *Matth.* VII, 7-8;

(17) San Jerónimo, *In Ev. Matth. comm.* 19, 11;

(18) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 45;

(19) *Luc.* XVIII, 29-30;

necesidad de exageraciones ni dramatismos-, y por eso es necesaria la perseverancia en la fidelidad. *Para quien ha comenzado a saborear de alguna manera la entrega, caer vencido sería como un timo, un engaño miserable. No te olvides de aquel grito de San Pablo: quis me liberabit de corpore mortis huius? (Rom. VII, 24), ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Y escucha, en tu alma, la respuesta divina: sufficit tibi gratia mea! (II Cor. XII, 9), ¡te basta mi gracia!* 20. Al mismo tiempo, la esperanza del premio que aguarda en el Cielo nos ayudará a mantenemos constantes, en fidelidad al Amor de Dios.

Se precisa esa esperanza y esa firmeza, porque, mientras vivimos, experimentamos las consecuencias del pecado original, y esto hace que la vigilancia haya de ser constante, y que la lucha pueda ser en ocasiones particularmente dura. Porque no podemos rehuir esta disyuntiva: o el bien eleva a

ías alturas del Amor de Dios, o el pecado arrastrará al suelo de los amores impuros. Nos lo ha dicho el Padre: *el camino tuyo -y el camino mío- es de Amor. Este pobre corazón nuestro ha nacido para amar, hijos míos. Y cuando no se le da un amor puro y limpio y noble, se venga y se llena de miseria, de corrupción y de sensualidad. Por eso el corazón de mis hijos tiene que estar lleno de Amor, con mayúscula.*

Hay que saber llevar el corazón con dulzura y con firmeza hacia la Cruz. Hay que restablecer un orden que ya el primer pecado destruyó; *tú para Dios, para ti la carne. ¿Qué más justo? ¿Qué más bello? Tú para el mayor, el menor para ti; sirve tú a quien te ha hecho, para que te sirva a ti el que por ti ha sido hecho. No conocemos ni recomendamos este otro orden: para ti la carne y tú para Dios; sino éste: tú para Dios y para ti la carne. Pero si tú te opones a Dios, nunca harás que la carne sea para ti. Si no te sometes a Dios, serás atormentado por tu siervo* 21.

Ningún afecto de ese corazón puede quedar en rebeldía, independiente, como un camino siempre abierto a realidades contrarias a Dios, como un contrapeso a nuestra aventura sobrenatural. *Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas* 22. Por eso hay que decir que no a aquellas exigencias del corazón,

(20) Carta *Videns eos*, 24-III-1931, n. 45;

(21) San Agustín, *Enarr. in Ps.* 143, 6;

(22) *Matth.* XXII, 37;

que quisiera conservar algo de sí para sí mismo, para sus propias inclinaciones egoístas. *Sólo quien se olvida de sí, y se entrega a Dios y a los demás -también en el matrimonio-, puede ser dichoso en la tierra, con una felicidad que es preparación y anticipo del cielo.*

AMAR CON TODO EL CORAZÓN

No consiste esta virtud simplemente en negaciones. Esto no es más que un principio, aunque indispensable y permanente. El verdadero amor de Dios, y consiguientemente la pureza verdadera, está igualmente lejos de la sensualidad que de la dureza o ausencia de corazón. *Es una pena no tener corazón. Son unos desgraciados los que no tienen corazón. Nosotros somos enamorados del Amor. El Señor no nos quiere secos, tiesos, como una cosa sin vida. ¡Nos quiere impregnados de su cariño! Nosotros debemos obrar y vivir y morir como enamorados; si somos fieles.*

Hay que emplear la afectividad, también al tratar a Dios: hay que amarle con el mismo corazón - no hay otro- con el que se ama noblemente a una criatura de la tierra, con el que amamos a nuestros padres, con el que nos queremos nosotros. Hay que hacer al Señor objeto de nuestra ternura -¡ser piadosos!-, hay que lograr que las riquezas del corazón humano concurren con la gracia y por la gracia al gran amor sobrenatural, que es el fin de nuestra vida. No hacerlo así, sería dar ocasión a que el corazón buscarse por su cuenta otros amores.

Sursum carda! 23, ¡arriba los corazones!, clamamos al Señor en la Santa Misa. Arriba, allí donde pueda oír las palabras que enamoran en nuestra alma. *He aquí, dice el Señor, que yo la atraeré y la llevaré a un lugar solitario y le hablaré al corazón* 24. Porque Dios no habla a almas separadas, sino a hombres enteros, tal como los quiso y los creó. Cuando quiso espíritus puros, creó ángeles. A nosotros nos dio corazón, en una síntesis de voluntad y sentimiento, alma y cuerpo. Por eso, la pureza no está realmente lograda hasta que todos los resortes de la afectividad humana se penetren de caridad, en un grande y total amor de Dios, humano y sobrenatural. Hay que hacer entender al corazón que también su felicidad está ligada con Cristo, que la muerte que se pide al bautizado acaba en resurrección gloriosa.

Alma y cuerpo forman en nosotros una unidad; y esta unidad es

(23) *Ordo Missae*;

(24) *Osee II*, 16;

lo que hay que santificar. Nuestra vida sensitiva tiene una nobleza especial -superior a la vida puramente animal- porque pertenece a un ser racional y participa en cierto modo de su espiritualidad. Nuestros sentimientos y emociones no son puramente animales: sino que pueden estar penetrados por la razón,

subordinados a la voluntad. Y al mismo tiempo nuestra inteligencia, nuestra voluntad, necesita expresarse a través de lo sensible. Nuestro amor de Dios pide expresiones sensibles, y, por lo menos en parte, se nutre de ellas: no es algo descarnado, sino el amor del que se emplea en Dios.

No se trata de una renuncia, sino de una afirmación gozosa, de una entrega libre y alegre. Tu castidad no se puede limitar a evitar la caída, la ocasión..., no puede ser de ninguna manera una negación fría y matemática. ¿Te has dado cuenta de que la castidad es una virtud y, como tal, debe crecer y perfeccionarse? No te basta, pues, ser continente -según tu estado- sino casto, con virtud heroica. Es una afirmación, un acto positivo, que ha de responder a la petición divina: praebe, fili mi, cor tuum mihi et oculi tui vias meas custodiant; dame, hijo mío, tu corazón, y pon tus ojos en mis caminos (Prov. XXIII, 26) 25.

Para responder generosamente a esa petición divina -cada uno según sus peculiares circunstancias, y todos con la única vocación que hay en la Obra-, acudamos incesantemente a Santa María, *la Madre del Amor Hermoso, y del temor, y de la sabiduría, y de la santa esperanza* 26.

(25) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 122;

(26) *Eccli.* XXIV, 24.

[Volver al índice de Cuadernos 3: Vivir en Cristo](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos del Opus Dei](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)